

El teatro español, la izquierda, la derecha, la ley del mercado y su puta madre

POR EMILIO HERNÁNDEZ *

Aunque pudiera este título recordar una película de Greenaway, es más bien el reflejo del caos en el que naufraga en estos momentos el teatro de nuestro país, salvo, quizás, la excepción catalana. Circunstancias diferenciadoras en Cataluña han hecho que una política nacionalista ligada casi exclusivamente a la lengua haya encontrado en el teatro un instrumento; además éste se ha beneficiado de la innegable vocación y capacidad mercantil del catalán frente a la mayoría de los españoles así como de un mayor nivel cultural en su burguesía.

España tiene hoy como principal causa de sus males un bajo nivel cultural, arrastrado de su aislamiento y penuria educacional de cuarenta años, que ha dejado una huella imposible de borrar en este siglo, y que difícilmente alcanzará en muchas décadas –dada su idiosincrasia– el nivel de los países de su entorno. El espejismo de los años veinte y treinta es sólo una hermosa fuente donde beber, pero que no llega a fertilizar las tierras de hoy. La ilusión de revivir una época dorada donde la cultura enraizara en el genio español y diera los consabidos frutos excepcionales pero sustentados en una normalidad más elevada volvió a alimentarnos en el año 82. Pero la ineptitud de algunos gobernantes por un lado, la falta de planificación cultural por otra –en parte por huir de planteamientos sospechosos para el gran capital– y un endémico vicio de la ciudadanía por el dinero fácil, o lo que es lo

mismo por huir del trabajo, ha echado por tierra el sueño de millones de españoles. Y hoy nos encontramos a un paso de ser gobernados por quienes sin pudor defienden una política neoliberal donde la ley del mercado sea la única política decisoria, y las minorías estén desprotegidas, así como todas aquellas manifestaciones de la sociedad que no sean rentables por no ser apoyadas económicamente por una mayoría. Al menos en España, es impensable que el mercado demande museos, teatros, bibliotecas, planes culturales, o algo parecido. Por esa ley podría llegarse a cerrar el Museo del Prado por no ser rentable. Evidentemente no se atreverán. Pero sí se han atrevido ya algunos responsables de la derecha a decir que el teatro es algo que debe morir si la sociedad no lo sostiene económicamente. Que ya hay otras formas de ocio más acordes con nuestros tiempos. ¡Como si nuestra sociedad estuviera educada para saber qué le reporta el buen teatro! ¡Como si fuera comparable la relación activa que se produce entre un espectador de teatro y un actor en directo dentro de una propuesta escénica creativa, a la relación pasiva que se establece, por ejemplo, en entre un telespectador y su pantalla casera!

La izquierda que, al menos oficialmente, ha gobernado en España últimamente, ha abierto sin duda las puertas del país a las manifestaciones teatrales que se hacían en el mundo, y ha roto el aislamiento cultural precedente. Así mismo ha invertido grandes cantidades de dinero en restaurar unas salas teatrales clásicas a lo largo de todo el país. Igualmente ha gastado muchísimo en la contratación de espectáculos extranjeros que se mostraban en los grandes festivales. Se han creado teatros públicos y Compañías Nacionales. Ha actuado a impulsos y golpes de talonario. Probablemente los

*Director de Escena

*“Voces de gesta”,
de R. del Valle-Inclán.
Dirección: Emilio Hernández. (1991). (Foto: Jesús
Alcántara).*

próximos gobiernos de la derecha reducirán drásticamente el gasto público en cultura, y en teatro en particular. Pero es una pena que no se haya planificado una infraestructura para que el teatro privado sobreviviera cuando el sistema cambiara de manos, que no se haya posibilitado la implantación real del teatro en la sociedad española a través de los planes educacionales, de la formación rigurosa de profesionales, de la proliferación de salas, de la reforma de la Ley del Espectáculo, del apoyo a la estabilidad de compañías y unidades de producción privadas. Pero no es menos cierto que la profesión teatral española –no la catalana– ha carecido de iniciativas estables en número y calidad suficiente para demandar del Estado esa infraestructura. Se ha vivido de la subvención inmediata y efímera que no suponía inversión para el futuro. Como dice el refrán español «pan para hoy, hambre para mañana».

Y ahora llega el Mercado. Según los planteamientos de la derecha –que más tarde o más temprano gobernará el país– sólo aquel teatro capaz de suscitar el interés de las mayorías recibirá un apoyo estatal. Es decir, como la ley de audiencias de las televisiones privadas: programa que no sea líder de audiencia debe ser retirado de pantalla, independientemente de su interés social o cultural. Y ése es el comportamiento tanto de la televisión pública como de la privada. Eso ha hecho que desaparezcan programas que alimentaban a diversas minorías, o que con vocación de mayorías, necesitan un tiempo para ir formando adeptos. Pues ése es el panorama teatral español si no se remedia. Lo que en España se ha dado en llamar Telebasura es lo que arrasa en la ley de audiencias. El teatro, sin esa capacidad de convocatoria, y sin que el Estado se interese por él, podrá convertirse en un remedo de esa telebasura. Nunca el espectador ha demandado lo que no conoce. Son los artistas los que avanzan sus creaciones y con el tiempo logran hacer avanzar los gustos e intereses del espectador. Pero en sus comienzos son siempre minorías. Y hay minorías, que pagan sus impuestos como todos y que tienen su derecho a recibir del Estado una atención cultural. Pero puede no ser ya así nunca más. Si todo aquello que, a pesar de su calidad, no se autofinancia debe desaparecer de inmediato, es posible que desaparezca el mismo teatro, pues gran parte del espectador mayoritario potencial de teatro va a preferir la telebasura que el teatrobasura –es gratis y no debe salir de casa–, y el espectador al que le pueda interesar un buen teatro no lo va a encontrar en el mercado –al menos presentado con la calidad debida–.

El teatro puede sobrevivir dentro de la ley del mercado en una sociedad evolucionada y previamente culta. No es claramente el caso español. Apenas veinte años desde el final de la dictadura no han servido aún para elevar el nivel cultural ni cambiar los hábitos del español. Y en eso llegó la telebasura. Que ha vuelto más inactivo aún al cómodo ciudadano español. Cuando la televisión privada se extendió por Italia, por ejemplo, era ya un país que a pesar de tener una idiosincrasia más cercana a la española, llevaba decenios de democracia y de pertenencia a la cultura europea. No digamos de Alemania o Francia.

El discurso de la derecha ante planteamientos como el mío es siempre el mismo: los artistas de izquierda quieren vivir de la subvención del Estado, sin esfuerzo por crear una empresa privada que luche por captar espectadores. Y es una verdad relativa, y muy incompleta por lo que hemos observado antes. Es cierto que la falta de esfuerzo del español –no del catalán– es lo menos proclive a triunfar en una sociedad gobernada por la ley exclusiva del mercado. La mayoría de los productores de teatro españoles carecen de preparación; de empuje, de inteligencia para que sus productos lleguen a su destinatario –sean mil o cien mil espectadores–. La mayoría de las salas llamadas alternativas se conforman con cubrir el 50% de su aforo. Abren sus puertas a la hora de la función y esperan a que entre alguien como si fuera una panadería, sin darse cuenta que el pan es una necesidad secular en nuestra cultura, y el teatro no. Por el contrario el gestor de una sala de 150 espectadores, que produce espectáculos destinados a una minoría, tiene la obligación social y empresarial de llenar cada día su sala con una minoría suficiente. No hay duda de que en una ciudad como por ejemplo Madrid, hay 150 espectadores potenciales interesados en ver cada día ese producto minoritario si es de buena calidad. ¡Pero deben saberlo! Deben ser captados. Y no es preciso programar un teatro más comercial. Sino saber llegar a esas minorías, y tratar de que esas minorías sean cada vez mayores. Crear éxitos que amplíen cada vez más las fronteras de ese teatro minoritario hasta que poco a poco unas grandes mayorías exijan ese nivel de calidad, de vanguardia, de inquietud, de poesía o de aquello que sostenía la experiencia marginal. El teatro siempre será minoritario. Sólo se trata de que sean grandes minorías, o lo que es lo mismo, que una parte sustancial de los ciudadanos descubra hasta qué punto el teatro puede ser un alimento revitalizador para su frustrante o estresante realidad cotidiana. Cómo el contacto directo con aquellas propuestas, con aquellos actores, con aquellos textos, los enriquece personalmente, y los arma frente a una sociedad agresiva, reductora, que tiene como principal instrumento de sometimiento y castración, precisamente la televisión que aprisiona al individuo sin iniciativa, sin actividad y sin espacio mental para la creatividad. Siempre tan peligrosa.

Pero hoy por hoy, ese teatro minoritario necesita un apoyo del Estado a su infraestructura, a su promoción, a su formación. Y evitando la beneficencia, para que los parásitos no se cuelguen de la teta del Estado, una política teatral debe existir, aunque no subvencione salvo excepciones, espectáculos concretos para evitar el dirigismo estatal. Pero entre el dirigismo y la dejación por parte del Estado de sus deberes para con sus ciudadanos hay un largo espacio de opciones, que dejen lugar e incluso exciten la iniciativa privada, sin abandonar a la cultura en las manos, fácilmente sustituibles de la ley del mercado. Porque hija de la prostitución es una ley que se ofrece al mejor postor y éste configura la ley sin tener en cuenta el principio básico del interés público, y de la defensa de las minorías y del patrimonio de un pueblo.